

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *El envidioso*, Abdon de Paz.—II. *Los cumplimientos*, José del Castillo.—III. *La coquete*, Nicolás M. Cerissola.—IV. *Los copos de nieve*, J. de la Peña.—V. *Rimas*, J. Pando y Valle.—VI. *Dolora*, Constantino Llombart.—VII. *A V...*, Afan de Rivera.—VIII. *A....*, M. Barros.—IX. *Rimas*, Domingo Arjona.—X. *A una coqueta*, Constantino Gil.—XI. * * *R. Sepúlveda*.—XII. *Yo te adoro*, Ramon Sanchez Gutierrez.—*Noticias.*—*ANUNCIOS.*

LITERATURA.

EL ENVIDIOSO.

Una duda tengo en historia; me decia en cierta ocasion un andaluz amigo mio; la de que Cain no nació en Asia.

—¿Pues dónde nació?

—Su partida de bautismo debe hallarse en alguno de nuestros libros parroquiales.

Yo me precio de ser muy español, como sumpongo se preciará de serlo cada hijo de esta bendita tierra, lo mismo aquel que á *sarao* prefiere decir *soirée*, que aquella que, por imitar en todo las modas de París, se presenta hasta con *bridas* en la Castellana; pero francamente, no supe qué contestar á mi interpelante.

¿Ni qué habia de contestarle si España ha dejado siempre atrás á la nacion que premiá á Fidas con inícuo acusacion de latrocinio; á Milciades con una cárcel, á Aristides con el destierro y á Sócrates con la cicuta, pátria indigna, morada de audaces y malvados, de la cual veíanse precisados á emigrar todos los hombres de valía? ¿Qué habia de contestarle, si abra nuestra historia y entre otros cien ejemplos, leo que la envidia clavó su puñal en el pecho de Viriato, encadenó los piés de Colon, pidió cuentas al Gran Capitan, registró la casa de Cisneros, mordió las obras de Cervántes, sumió en un calabozo á Quevedo y aceleró la muerte de Balmes? ¿Qué habia de contestarle, si á cada paso se vé uno obligado á recitar aquellas dos tan magnificas cuanto sentimentales quintillas, es-

critas por fray Luis de Leon desde su prision de Salamanca?

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado.
¡Dichoso el humilde estado
Del sábio que se retira
De aqueste mundo malvado,
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso,
Con sólo Dios se compasa,
Y á solas su vida pasa
Ni envidiado, ni envidioso!

¿Quereis conocer á este personaje? No he menester describirosle. Acercáos á él, y su mirada torva, mal intencionada, y su lenguaje avieso, satánico, os le descubrirán entre un millon de personas.

Donde se encuentre un envidioso están demás los críticos. ¿Deseais saber el mérito de una obra literaria, artistica ó científica? Presentádsela á que la examine. Si habla mal de ella, bien podeis afirmar que no es un despropósito. Si calla, asegurad á voz en grito que es inimitable, magnífica.

Una noche se estrena una produccion dramática. Habeis llegado tarde á los revendedores, y ni por un ojo de la cara hallais una butaca, ni siquiera un billete de anfiteatro. No importa. ¿Teneis gusto en saber aquella misma noche el éxito del estreno? Aguardad á la puerta del teatro, y si al retirarse la gente observais fotografiada la tristeza en el rostro del individuo de que os hablo, estad convencidos de que la produccion pasará á la posteridad. Mas si, por el contrario, veis dibujada la alegría en sus ojos, no dudeis un momento de que el autor y los acto-

res han quedado sordos de la silba.

Si fuera posible que el envidioso descubriera una máquina capaz de destruir el universo, en aquel instante retumbaría en los espacios la trompeta del Apocalipsis. Su furia no reconoce igual. Para él lo mismo es el sacerdote que el artista, el sábio que el guerrero. Le habláis de Antonio Trueba, os contestará que le fastidian sus cuentos; de Gisbert, que no entiende de colorido; de Harztenbusch, que desconoce las reglas de la métrica.

Porque el envidioso es como el perro del hortelano. Obtuso de entendimiento, egoísta por instinto, ni puede encumbrarse dignamente, ni ver el encumbramiento de nadie. El triunfo más insignificante de otro le aflige, le atormenta. Refractario á todo sentimiento noble, sólo brilla en sus ojos el númen del despecho; sólo vaga en sus lábios la sonrisa del desden; y en su cerebro mora sólo el génio de la destrucción. Si le dá la vena por lo satírico, á trueque de que le llamen chistoso cuatro incautos, sacrificará vuestro nombre, vuestra honra, vuestro porvenir, tal vez el pan de vuestra familia. Si no recurrirá al primer medio indigno que se le ocurra, para morderos á guisa de áspid y desacreditaros en cualquier parte.

Y en vano le desafiareis. Cobarde de suyo, concluiría por cepillaros la levita, cuando no por convidaros á almorzar en Fornos ó á cenar en el Europeo.

Ridiculicemos todos de consuno al ente inepto y destructor como la langosta, cuya influencia tanto ha gangrenado y continúa gangrenando á nuestra pátria; procuremos el esterminio de esa plaga número once, que reúne en sí con exceso las calamidades de las diez plagas de Egipto y España comenzará á valer más de lo que vale; y mi amigo se arrepentirá, estoy seguro, de haber dudado de que el fraticida de Abel nació en Asia.

ABDON DE PAZ.

LOS CUMPLIMIENTOS.

Siendo enemigo de las visitas, no extrañareis que sea poco partidario de esos engañosos traspirenáicos y zalamerías de gran tono que se distinguen en la buena sociedad con el nombre de cumplimientos.

Cuando voy por primera vez á una casa y el dueño se empeña en ofrecermé cuanto hay en ella, y en «repetirse á mis órdenes reiterándome la expresion de su aprecio,» empeñándose en «besar la mano» y en acompañarme hasta la calle con «gorro griego y zapatillas rusas,» me dan tentaciones de cuadrarme repentinamente delante de él y decirle:

—Pero hombre, ¿usted se ha figurado que yo soy un imbécil que vaya á creer me daría usted con

buena voluntad todos los muebles de su casa y se convertiría con gusto en mi ayudante de campo, besándome la mano sin más ni más, y acompañándome en traje talar hasta la Puerta del Sol, como yo no le repita cuarenta veces que «haga V. el obsequio de retirarse, que no se moleste, muchas gracias, que me obligará á subir otra vez,» etc., etc?

Pues si todos sabemos que estas célebres frasecillas no son mas que signos convencionales de una farsa comun y un carnaval perpétuo, ¿por qué no desecharlas del moderno estilo social dejando que se enmohezcan, por falta de uso, en el rincón del olvidado?

En este sentido me aconsejaba el otro día un amigo mio alemán, recientemente llegado á Madrid, á quien tienen asombrado, con razon, nuestros usos y costumbres.

Alguno de los incidentes que le han ocurrido merece contarse.

Al llegar á Madrid, se presentó á un banquero para quien traía varias cartas de recomendacion.

Le recibió con los brazos abiertos y entre otras palabras corteses, le dijo con insistencia al despedirle:—Nada, nada: *ya sabe usted que aqui tiene su casa.*

El alemán lo tomó al pié de la letra, segun costumbre de su país, y á los pocos momentos se volvió á presentar en *su casa* con nueve bultos de equipaje y varios accesorios.

El banquero pretextó que la falta de habitaciones le privaban «contra su voluntad, bien á pesar suyo, del inmenso placer y especial gusto de tener el honor de verse favorecido con tan agradable compañía, al presentarse la deseada ocasion de dispensar hospitalidad á tan distinguido é ilustre huesped.»

Nuestro amigo alemán comprendió la indirecta y volvió seguido de los nueve bultos á su hotel, renegando de la hipocresía y el fingimiento de nuestro paisano.

Otro conozco, que aunque no es de Alemania, es de Galicia y para el caso es lo mismo, que recibía circulares de propaganda de periódicos y otras publicaciones, y al ver que personas de cierto viso se le ofrecían como sus mas *afectisimos seguros servidores* llegó á creer que su suerte sería venir á Madrid donde tantos *servidores* tenía; vino y le hicieron, en resumen, *el flaco servicio* de arruinarle en quince días, dejándole tan bien *servido* que hoy está el pobre de *serviente* en una empresa de ómnibus para *el servicio público.*

Servidor de V.: he aquí una frase célebre que se pronuncia al saludar y al despedirse, al ver por primera vez á una persona y al abandonar una casa para siempre, al ser llamado en cualquier acto público y al terminar una carta en que comunicamos á nuestros deudores la resolución de presentar la oportuna demanda ante los tribunales de justicia.

Servidor de V., dice el agraviado, al entregar su tarjeta de desafío al hombre á quien desea hacer *el servicio* de atravesarle el corazón de una estocada ó un balazo.

Tanto se ha generalizado el uso de esta palabra, que hace pocas tardes, al acabar de verificarse un entierro, exclamó un sepulturero despidiéndose cortesantemente de los amigos del difunto y sin aban-

donar su terrible pala: *Servidor de Vds, hasta á vista.*

Los cumplimientos constituyen el más bello disfraz de la mentira, y por consecuencia son inadmisibles en todo país donde se rinde culto á la verdad.

Mucha gente fina ha pretendido tomar su defensa, pero sin conseguir nunca destruir mis razonables argumentos.

¿Es posible convencerle á uno de que debe *reirse y dar las gracias* cuando involuntariamente le apabullan el sombrero?

¿Se puede suponer que se presta con mucho gusto el paraguas, en medio de la calle, á un conocido de vista, cuando está lloviendo á mares y le aguarda á uno el risueño porvenir de llegar á su casa como una sopa?

¿Es prudente ponernos á la disposición del primer transeunte que nos salude, sin estar en antecedentes del uso que piensa hacer de nosotros?

¿Deja de ser un insulto decirle á una coja muy formalmente: *A los piés de V.?*

Renunciemos á la dulce armonía de esas frases musicales que producen buena impresion en el oido y profundos desengaños en el alma.

Establezcamos la religiosa, moralizadora y, en otros tiempos, castellana costumbre de no decir más que lo que sintamos, y de ese modo nunca nos veremos en el triste caso de tener que *sentir* por varios conceptos lo que ya hemos dicho.

JOSÉ DEL CASTILLO.

LA COQUETERÍA.

C'est le désir de plaire sans le besoin d'aimer.
(Rochepédre.)

La coquetería y el coquetismo se confunden generalmente y son sin embargo dos cosas en un todo distintas, en un todo antitéticas.

El coquetismo es un horrible defecto.

La coquetería es un bellissimo adorno.

Ya veis, mis amables lectoras, si existe diferencia entre lo uno y lo otro.

Un eminente filósofo ha dicho, que las mujeres son coquetas por naturaleza; y si sus palabras se refieren á la coquetería, preciso es convenir en que ésta es ingénita, inseparable y hasta indispensable, puede decirse, en la bella mitad del género humano.

Nada hay para mí tan encantador, nada que tanto me cautive, ni me parezca tan digno de estudio, como esa inocente malicia, ese esmero particular con que las mujeres procuran realzar sus atractivos y aumentar el caudal de su hermosura, agregando á los rasgos peculiares de esta algun adorno especial y adecuado, que puede ser lo mismo una cinta que una dalia, lo propio una actitud que una frase, de igual manera un traje de este ú el otro color, que una melodía cantada al piano, un suspiro escapado del pecho ó una sonrisa envuelta en los mágicos efluvios de una mirada llena de amor y de poesía.

La opulenta dama y la sencilla pastora, la niña de quince abriles y la mujer de veinticinco, la don-

cella y la esposa, la educada en los colegios de París y la que no conoce ni una letra del alfabeto, todas tienen su coquetería especial, su objetivo premeditado, su anhelo constante, que se reduce bajo una ú otra forma á un solo y esclusivo objeto, que tiende siempre á idéntico resultado:

¡Agradar!

Por que para la mujer, parecer amable, buena, bella, complaciente, dulce y simpática, es una gloria que no cambiaría por los más ricos tesoros, un triunfo cuya satisfaccion la enorgullece en su juventud, alimentándola despues de los más placenteros recuerdos.

Mariveaux dice, que la coquetería llena tanto ó más que cualquier otro sentimiento el corazón de la mujer; y que ese sentimiento ya vivo y ardiente, ya tranquilo y sosegado es la aspiracion constante de su alma, el fuego sagrado que arde sin consumirse eternamente.

La mujer por lo tanto pugna por agradar obedeciendo á un secreto instinto de su alma: y la naturaleza misma ha puesto en ella ese sentimiento al abrigo de la reflexion y del olvido: una mujer sin coquetería, exclama Marivaux, no es pues una mujer.

El coquetismo, al contrario, aunque parece obedecer á igual principio, tiene opuestas y antagónicas tendencias.

Mientras que la coquetería crea afectos, el coquetismo crea rencores.

Interin aquella edifica, este destruye.

Mientras que la primera siembra alegrías, goces é ilusiones, el segundo siembra el llanto, la desgracia, la desesperacion.

Una coqueta cifra su orgullo en sus conquistas, su gloria en alimentar esperanzas que luego destruye con una palabra, su triunfo en mentir lo que su alma de hielo no ha de experimentar jamás.

No conceder nada y ofrecerlo todo, he aqui la divisa de la coqueta.

Por que como en ella el corazón es un céreo, y en su lugar ha colocado la vanidad, busca adoradores, no busca amantes.

Quiere víctimas, no quiere ofrendas.

Por eso y sin fijarse en la condicion de los que la asedian, distribuye flores y sonrisas, palabras y miradas, promesas y suspiros, cambiando de favorito con la misma facilidad que si se tratara de cambiar los lazos de su traje.

Cuando oigais decir á una mujer que ha tenido muchos novios, huid de ella como de la peste, ¡estais en presencia de una coqueta!

Yo conocí á una de estas desgraciadas, y recuerdo que me refería llena de satisfaccion, que el ejército, la marina, el foro y las letras, habian prestado contingente al número de sus adoradores.

Que habia estado en relaciones con un teniente de caballería, con un capitán de estado mayor, con otro de ingenieros, con otro de infantería, con un abogado, con un periodista, con un pintor, con un comisionista, con un... qué sé yo, con media humanidad y parte de la otra media.

Y sin embargo, aquella mujer se tenia por virtuosa.

Es verdad que muchos tambien se tienen por honrados y no lo son.

Pero volvamos al asunto.

Decía que la coqueta no puede sentir amor y voy á decir el porqué.

El amor es el anhelo de confundir en otra, los afectos de nuestra alma.

El amor es esencialmente egoista.

El amor es esencialmente individualista.

Luego si la coqueta lo que pretende es encadenar muchos corazones, repartir entre muchos, alhagos y esperanzas, hacerse, digamos así, una corte de amantes y apasionados, siendo ella el puerto de refugio para tantas aspiraciones, dicho está que el amor tiene forzosamente que ser ageno á este indigno juego, en el cual no obstante se le hace representar el primero de los papeles.

¡Qué corazón, qué cabeza, que sentimientos, los de la coqueta!

Bien ha dicho Poincebot: «La mordedura de un aspid sería aun más venenosa, si se templara el dardo en el corazón de una mujer coqueta.»

NICOLÁS MUÑOZ CERISSOLA.

LOS COPOS DE NIEVE.

I.

Aquella noche nevaba, nevaba mucho.

Ni una estrella errante se veía brillar en el cielo, cubierto todo él por densos y negros nubarrones: el viento soplabá suavemente jugueteando con los leves y delicados copos de nieve, y en medio del campo se destacaba á pesar de la oscuridad una sencilla y poética casita.

Aquella casita tenía una ventana y á través de sus cristales se dejaba ver una bujía encendida, que como el faro en el desierto del mar, iluminaba parte del campo en aquella lóbrega noche.

En medio del profundo silencio oyóse rodar suavemente por la nieve á un carruaje, que se detuvo de improviso frente á la ventana.

Esta, entonces, se abrió, apareciendo ea ella una mujer hermosa que contaría unos diez y siete años, y del coche se apeó un hombre.

—¡Elisa!... ¡El tiempo nos protegel... ¡Vamos!... pronuncia con voz apenas perceptible colocando rápidamente una escala.

La jóven tiembla y duda, pero decidiéndose al fin, abandona la casa, y va á encerrarse en el fondo del carruaje.

La portezuela se cierra, suena un latigazo y el coche se desliza velozmente por la blanca alfombra, perdiéndose despues entre la oscuridad.

Entonces un hombre, como de unos cuarenta años, de rostro simpático, de barba y cabellos negros como el azabache, se presentó en la ventana, y se precipitó al campo.

—Mi hija... ¡Desesperacion! Ya es tarde... ¡Dios mío! ¡honra mía! exclamó con un acento desgarrador.

Quiso correr, quiso gritar... pero no pudo.

Seguía nevando, y los blancos y frios copos que

se posaron en su cabeza, á pesar de colocarse sobre el fuego de su cerebro que ardía, no volvieron á desaparecer nunca.

II.

El carruaje caminó mucho.

Estuvo en París, en Lóndres, en Madrid, y Elisa que era esclava de un honor perdido, fué la reina de la hermosura allí donde puso su planta.

Pero una vez, en medio de sus triunfos, una indiscreta lágrima asomó á sus párpados, rodando despues por su mejilla, y tras ésta siguieron otra y otra y otra, á medida que fué pasando el tiempo.

Entre tanto su padre, aquel anciano de cuarenta años, continuó habitando la casita sin que á sus oídos llegase noticia alguna de su mancillada honra, hasta que un día supo que el seductor de su hija la habia abandonado, y que ésta tenía que implorar la caridad pública.

Entonces se le vió permanecer impassible, sin que su rostro diese señales de dolor.

Aquellos copos de nieve que se posaron en su cabeza, habian descendido hasta su corazón, helándole con su contacto.

III.

Y pasó más tiempo.

Un día al cabo, día triste, desapacible y oscuro, se vió llegar á Elisa, pobremente vestida, hasta la casita: su mirada entonces era lánguida, su rostro pálido, y al ir á entrar en ella, tropezó en la puerta con un ataúd abierto, colocado sobre una mesa y alumbrado por seis fúnebres hachones.

—¡Padre mío!... Perdon... Perdon!—dijo arrojándose.

Peró nadie le contestó, y al imprimir sus labios en el rostro del cadáver, un frío, más que glacial aún, la hizo estremecerse toda.

Los copos de nieve que helaron su corazón, habian congelado tambien su cuerpo.

.....¡Pobre Elisa!.....

J. DE LA PEÑA.

POESÍA.

RIMAS.

Estábamos de pié, quise besarla
Y dos perlas surcaron sus mejillas;
Temblando me miró, dió un ¡ay! doliente
Y caí de rodillas.

J. PANDO Y VALLE.

DOLORA.

¡Sí! En el mundo miserable
De la cuna al atahud,
Todo es bueno y todo es malo,
Todo es sombra y todo es luz;

Nada es verdad ni es mentira,
Nada es vicio ni es virtud;
Todo es segun y conforme,
Todo es conforme y segun.

CONSTANTINO LOMBART.

A V....

¿Qué cosa se desprende de tus ojos
que mi pecho encendió?
Ello no es lumbre, y quema sin embargo,
¡Qué ha de ser sino amor!

Jamás me sujetaron, ni aun cadenas;
mi esfuerzo las rompió;
hoy me prende una frase de tu boea,
dos letras, solo dos.

Un cielo de ventura un *si* presenta,
el infierno es un *no*;
calla, no dictes mi sentencia, quiero
adivinarla yo.

¿Sonries?.... la esperanza me alimenta,
¿frunces el ceño?... ¡horror!
¡ay! déjame que muera con la duda
si dirás *si* ó *no*.

AFAN DE RIBERA.

Á.....

En frente de un oscuro geroglífico
mi juventud pasó,
Y nunca su sentido misterioso
interpretar logré.

Tu corazon es el rebelde enigma,
niña, que no entendi;
Murió mi juventud, y el geroglífico
Sigue viviendo, indescifrable, en tí.

M. BARROS.

RIMAS.

Ya se ve, las mujeres sois así...
Casi siempre juzgais por apariencias,
Feliz, llamas al hombre que sonrie,
Sin saber que esa risa es su careta.
Pero dices que ignoras mis desvelos,
Que no adivinas mi dolor, mis penas,
Que no comprendes mi perpétuo duelo...
¡Ah! ¡quiera Dios que nunca lo comprendas!

DOMINGO ARJONA CASADO.

A UNA COQUETA.

Dicen que los ojos son
dos misteriosos balcones,
donde nuestro corazon,
al perder sus ilusiones,

se asoma con afliccion.

Pronto los puedes cerrar;
porque no debes tener,
siendo tu oficio engañar,
ni ilusiones que perder,
ni corazon que asomar.

CONSTANTINO GI

La vida sin amores
es muy amarga
y el amor casi siempre
marchita el alma...
¡Dadme un remedio!
Los amores me matar
¡sin ellos... muerol!

R. SEPÚLVI

YO TE ADORO

Cuando cristalina fue
de perlas henchida el s
murmura en el valle a
con eco dulce y sonoro
es que dice:—Yo te ad

Cuando pintada ave
en su amoroso destino
lanza al aire hermoso
con eco dulce y sonoro
es que dice:—Yo te a

Si en la silenciosa noci
cuando corre puro ambie
frases de amor tu alma si
con eco dulce y sonoro,
es que digo:—Yo te adoro.

RAMON SANCHEZ GUTIERREZ.

NOTICIAS.

El diputado provincial por Béjar D. Juan José Gregorio, trabaja activamente á fin de que las obras de la carretera de aquel punto á Ciudad-Rodrigo, den principio en un breve plazo.

Para el domingo próximo se prepara una escogida funcion dramática en el teatro de la zarzuela, con un objeto filantrópico. Las obras elegidas son «Lazos de amor y amistad» de D. Eduardo Bustillo y «En tren directo» de D. Pelayo del Castillo, que desempeñarán la Srta. Belmonte y los Sres. Tovar, Moya y Andreu.

En la sesion de la Diputacion provincial, celebrada el 17 del corriente, fué aprobada la partida de 78.000 y tantas pesetas, para pago de los estudios de la línea ferrea de Salamanca á Ciudad-Rodrigo.

SECCION DE ANUNCIOS.

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y ARTES.

VEÁNSE LAS CONDICIONES EN LA PRIMERA PLANA.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

En la redaccion de «El Eco del Agueda,» se admiten suscripciones á ambos periódicos sin recargo en el precio por comision, franqueo ú otro cualquier concepto. Los señores que se suscriban, gozarán de los mismos derechos y garantías que si lo hicieran directamente en la administracion central.

RAFAEL HUEBRA,

SAN PABLO, 2 Y 4,

SALAMANCA.

GRANDES ALMACENES DE FERRETERÍA, QUINCALLA Y HERRAMIENTAS.
DEPÓSITO DE PAPELES PINTADOS DE LAS MEJORES CASAS DE FRANCIA É INGLATERRA.

Se reciben encargos, para la compra de cualquier artículo de dicha casa, en el comercio de Casimiro Muñoz, Plaza Mayor, num. 12, Ciudad-Rodrigo.

EMPRÉSTITO

de 175 millones de pesetas.

Se compran láminas de dicho empréstito, esten enteras ó solamente los nueve décimos, á los precios siguientes:

Láminas completas, ó sean con los diez décimos al 27 por 100.

Idem con los nueve últimos décimos al 23 por 100.

Tambien se compran recibos provisionales de dicho Empréstito ó sean los talonarios cedidos por las Recaudaciones de contribuciones, pagándolos á diferentes precios segun sus fechas.

Se compra á precios convencionales papel del elero. Se admiten encargos para su enagenacion en Madrid á precio corriente en bolsa con un pequeño descuento para gastos y comision.

En la imprenta de este periódico se dará razon á los interesados.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 30 de Abril.—Trigo candeal, de 44 á 46 rs. fanega.—Id. barbilla, de 41 á 43 id.—Centeno, de 25 á 27 id.—Cebada, de 25 á 27 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 70 á 100 id.—Patatas, de 3 á 4 rs. arroba.—Aceite, de 55 á 65 reales cántaro.—Harinas, de 1.ª á 18 rs. arroba.—De 2.ª á 17 id.—De 3.ª á 15 id.—De 4.ª á 11 id.—Menudillo á 6 id.

De Salamanca. Trigo candeal de 40, á 43 rs. fanega.—Harina de 1.ª, á 16 rs. arroba.

De Ledesma. Trigo candeal á 38 rs. fanega.

De Vitigudino. Harina de 1.ª, á 17 rs.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

GRAN DEPÓSITO

DE

MAQUINAS PARA COSER

DE TODOS LOS SISTEMAS.

VENTA Á PLAZOS GARANTIZADAS.

Las hay Singer perfeccionadas y de todos los fabricantes que hasta lo presente se conocen, las hay de pié y mano de dos pespuntos de 16 á 26 duros: se hacen toda clase de composturas y se venden agujas y piezas sueltas: se compra plata, oro y pedrería á precios convencionales.

Salvador Bazan, calle de Talavera núm. 1.ª, Ciudad-Rodrigo.

Se vende en esta redaccion «LA ENCICLOPEDIA MODERNA» diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco de Paula Mellado.

La obra consta de treinta y cuatro tomos, de más de quinientas páginas encuadernados á la rústica. Cada uno de los tomos que cuesta 24 reales en provincia se dará con una gran rebaja.

—Señora,—exclamó el jefe de la diputacion doblando la rodilla,—á ti nos manda el poderoso príncipe Ben-ak-al-Malick, electo rey del Yemen por la voluntad de Alah y de los marebitas.

—Habla y sé breve,—contestó Bilkis con sequedad.

El *caid* (1) sacó un pergamino enrollado, de entre los pliegues de su turbante y despues de besar el sello de cera que lo cerraba, lo puso en manos de Bilkis.

Desarrollólo ésta con lentitud y comenzó á leer en alta voz:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Ben-ak-al-Malick, hijo de Zu-Auam-al-saif-alaji, (2) á Bilkis hija de »Zu-Chark. La paz sea contigo.»

Bilkis hizo un gesto de estrañeza ante aquella fórmula cariñosa, ante aquel saludo cordial que no podia dirigirse á un enemigo.

«El pueblo marebita,—continuó leyendo,—me ha proclamado rey; he aceptado su mandato, pero no quiero ceñirme »la corona si para ello es preciso arrancarla de tus sienes.»

—¡Ah!—dijo Bilkis cuyo semblante se dilataba á medida que avanzaba en la lectura del pergamino.

«Solamente consentiré en subir al trono, partiéndolo contigo. Puedo mandar y ruego, puedo exigir y suplico. Concédeme tu mano, sé mi esposa.»

—¡Su esposa! ¡oh! me he salvado!—exclamó Bilkis sin poderse contener y exhalando un suspiro de satisfaccion.

Luego volvió á leer el pergamino una y otra vez como temerosa de haber entendido mal, y cuando al fin se hubo cerciorado de lo contrario, dirigió á los enviados de Malik una placentera sonrisa.

—¡Conque el rey,—y pronunció esta palabra acentuándola de un modo extraño,—pide mi mano, pudiendo tomar mi cabeza? ¡Oh es muy generoso!

—Generoso y magnánimo,—afirmó el *caid*.

(1) Capitan.

(2) Espada de Dios. Saifon. Espada. Alájt. Dios.

—¡Y no exige más que eso? veamos, hablad sin rodeos,—dijo Bilkis que apenas daba crédito á lo que sucedia.

—Pide además, señora, que te dignes contestarle dentro de una hora.

—¡Una hora! no necesito tanto, en el momento podeis llevarle la respuesta. Decidle que soy su esclava, que disponga de mi, cómo cumpla á su voluntad. Con su noble proceder ha conquistado mi corazon, y al entregarle mi mano, gozaré del instante más feliz de mi vida.

—La prudencia misma ha hablado por tu boca, señora, la paz y la ventura del país exigian vuestra union.

Y despues de pedir á Bilkis la vénia para retirarse, los emisarios de Malik abandonaron el alcázar.

XI.

De allí á tres dias, celebróse el casamiento de Bilkis y Malik con inusitada pompa y en medio del más vivo entusiasmo. Todos los marebitas en general, se daban el parabien de que tan dichoso é inesperado desenlace hubiera tenido la revolucion que días, antes, los dividia, los hacia enemigos mortales y amenazaba convertir á la hermosa y tranquila ciudad, en un sangriento campo de batalla.

Todos quedaban contentos, asi los parciales de Malik como los de Bilkis, porque el lazo nupcial que unia á la jóven pareja, venia á satisfacer las encontradas aspiraciones de unos y otros.

Solo Leila, á quién las caricias de Bilkis no lograban tranquilizar, movía á menudo la cabeza con desconfianza y murmuraba entre-dientes;

—La víbora podrá cambiar de piel, pero no de inclinaciones, la hiena se finge dormida para saltar de improviso sobre su presa y despedazarla con seguridad, ¡pero no conseguirás engañarme, yo estaré sobre-aviso!

Pronto tuvo ocasion de ver confirmados sus recelos. Bilkis, cuya astucia era igual á la de la raposa, no dejó perder el medio que para realizar sus planes le ofrecia la amorosa locura de Malick. En el festin de boda, hizole beber un tósigo que le arrancó la vida.

Ya han visto nuestros lectores en el primer capítulo de esta historia, como Bilkis en presencia de todo el pueblo, habia hecho arrojar á la plaza el cadáver de su infortunado amante.

Allí permaneció todo el dia sin que osára acercársele nadie; pero cuando al amanecer del dia siguiente miraron los guardias hácia el punto que ocupaba, con gran asombro suyo no lo encontraron ya, vieron que habia desaparecido.

Inmediatamente corrieron á la cámara de Bilkis para darle la noticia.

—¿Que ha desaparecido, decís?—exclamó esta llena de turbacion—¡es imposible!

El aire compungido de los guardias, le demostró claramente cuán cierto era lo que se negaba á creer.

—¿Y venís á decírmelo, sin temer que os mande ahorcar á todos, miserables? Corred, buscad á Leila y traédmela aquí, ella nos lo esplicará todo. ¡Ah!—añadió con cruel ironía,—por el hijo me habia olvidado de la madre, pero se conoce que ella no lleva con paciencia semejante distraccion y procura refrescar mi memoria.

• Obedecieron los guardias, mientras Bilkis llamaba á sus esclavas para que la vistiesen.

Antes que llegáran las esclavas volvió á entrar el gefe de guardia.

—Sultana,—dijo jadeante de cansancio y de miedo.—Leila ha salido de palacio por la puerta del jardin esta noche pasada, en compañía de vuestra esclava Agar. El centinela que guardaba la puerta, las ha dejado pasar sin dificultad porque

X.

Una hora despues, llegaban al alcázar cuatro capitanes de Malick, encargados de hacer conocer á Bilkis las intenciones que su jefe abrigaba hácia ella.

No sin dificultades, á pesar de la bandera blanca que agitaba uno de ellos en señal de paz, lograron que se les franquease la entrada porque los pocos servidores que habian permanecido fieles á la reina, temian que la embajada fuera un ardid, una estratagema de los rebeldes.

Pero Bilkis que comprendia cuán fácil le era á Malick apoderarse del alcázar á viva fuerza y sin necesidad de emplear la astucia, dió orden para que se les introdujese á su presencia.

Aún cuando no esperaba merced del vencedor, no la abandonó un solo momento la viril entereza de su carácter; resuelta á morir como cumplía á una mujer de su sangre, no habia exhalado una queja, ni habia derramado una lágrima en aquellas horas de infortunio.

Como si pretendiera demostrar á los embajadores de Malick, que aún seguia siendo reina y que aquella corona no rodaria por el suelo sino con la cabeza que la ceñia, los recibió en el pátio de palacio donde administraba justicia, desplegando toda la pompa y ostentacion de que acostumbraba á hacer gala en las grandes solemnidades.

Asentábase sobre el famoso trono *de oro macizo, cuyos piés eran cuatro enormes esmeraldas y el espaldar un solo rubí*; el dosel tenia *treinta codos de altura* y estaba literalmente *cubierto de diamantes*.